

LO MORTAL Y LO MORAL.

* ANTONIA LAVANDEROS VÉLEZ.

Desde Génesis se narra como Adán sufre una mutación en su propia naturaleza, una mutación ontológica, que le hace ser mortal y moral, que le hace ser humano. Sin embargo, parece que la muerte nos pone frente al más radical hecho que invalida todo el sentido de la vida y pone en tela de juicio cualquier empeño moral. ¿Para qué todo esfuerzo si hemos de morir? ¿Dónde quedan los valores morales ante la inminencia de la muerte, ante la presencia de la enfermedad y el dolor? La muerte entonces, no disuelve las diferencias entre el bien y mal sino que las confirma y la relación indisoluble ante moralidad y mortalidad, reafirma que el ser humano no es reductible a su cuerpo, sino al contrario, se enfoca a que lo propiamente humano es el alma y que ésta es de origen y destino trascendente y que la muerte, es algo que le ocurre a una parte del ser humano que es el cuerpo, que su alma es inmortal y exenta del sufrimiento físico.

Herodoto narra que cuando los festines egipcios estaban en plena euforia era costumbre que los sirvientes entraran en el salón del banquete y pasaran entre las mesas llevando esqueletos en camilla, los efectos del pensamiento de la muerte en la desenfrenada concurrencia solían en algunos regresar a casa con un renovado espíritu de seriedad enfocando sus acciones a los valores, otros utilizaban el espectro de la muerte para alejar la atención de la apariencia y dar paso a sus pasiones, pero también el causar pánico y conseguir que se enfocaran a los pendientes.

Durante el siglo XVI se desarrollo un tema artístico las "Vanitas", donde se plasman símbolos de frivolidad y de la gloria mundana, entre ellos aparecían los dos grandes símbolos de la muerte y de la brevedad de la vida; una calavera y un reloj de arena. El objetivo de estas obras es animarnos a reflexionar sobre nuestros defectos en determinados comportamientos de nuestra existencia, y encontrar nuestras virtudes como el amor, la bondad, la sinceridad, la humildad y la amabilidad, asumir nuestra propia mortalidad, y aunque seamos poderosos y venerados, al final, todos terminamos como la más democrática de las sustancias, en polvo

El héroe de la novela corta de Tolstoi la muerte de Ivan Ilich, relata que hace tiempo a dejado de amar a su esposa, sus hijos son un misterio para el y no tiene mas amigos que los que le pueden ayudarle en su carrera y cuya elevada posición a reflejarse gloriosamente en el. Iván Ilich es un hombre abrumado por el estatus. Vive en San Petesburgos en un piso enorme decorado según las modas del momento, y en el ofrece con frecuencia tediosas recepciones donde no se pronuncia ni una palabra calida o sincera. Trabaja como juez en un importante tribunal y disfruta del puesto sobre todo por el respeto que le otorga. De pronto, a los 45 años, Iván Ilich comenzó a tener un dolor en el costado que se le irradiaba hacia todo el cuerpo. Poco a poco el juez y todos los que le rodean se van dando cuenta de que pronto estará muerto. Lo cual no resulta un pensamiento desagradable para muchos de los colegas de Iván en la judicatura. Su esposa, aunque no lamenta directamente la muerte se preocupa sin embargo de la cuantía de su pensión, mientras que su mundana hija teme que los funerales de su padre puedan desbaratar sus planes de boda.

Por su parte, Iván, con sólo una semana de vida, se da cuenta de que ha malgastado su tiempo en la tierra, que su existencia ha sido respetable de puertas afuera, pero que, de puertas adentro, ha sido un erial.

Recuerda su infancia y su educación, para descubrir que todo lo que ha hecho estaba motivado por el deseo de parecer importante ante los demás, que sus propios intereses y sensaciones han sido sacrificados para impresionar a gente que, como sólo ahora puede apreciar, no se preocupan lo más mínimo de él. Después de prolongados sufrimientos, había momentos en los que sobre todo deseaba (aunque le resultara vergonzoso admitirlo) que le compadecieran como a un niño enfermo. Quería que le acariciaran, le besaran, que lloraran por él, del mismo modo que se acaricia y consuela a los niños enfermos.

Estas narraciones exponen, principalmente, a la vida como muerte y a la muerte como una luz de esperanza.

En el transcurso de la historia de la humanidad los seres humanos sentimos la vida como muerte, cuando se vive sumido en la frivolidad y apariencias; en donde el dinero y los bienes materiales son los motores causantes de alegría. El sufrimiento se manifiesta en la lástima que se siente por sí mismo y el rencor creciente para con los seres cercanos y familiares.

Al descubrir que nos aferramos a la muerte que ha sido la vida, logramos alcanzar una luz de esperanza que concluye a tanto sufrimiento y que es válido en círculo social, donde la ambición, el amor, el poder, la codicia, la lascivia, el orgullo, la ira y la venganza son respetados. Pero ahora al pensar en la muerte, se duda de la validez de las ambiciones.

Cuando la muerte se acerca, es probable que nos volvamos furiosos contra esos amantes condicionados por el estatus, tan enfurecidos con nosotros mismos por haber sido vanidosos para sucumbir a sus encantos, como con ellos por haber orquestado sus crueles seducciones.

El estudio de la muerte nos muestra de que manera se puede reorientar nuestras prioridades axiológicas apartándolas de lo terrenal y llevándolas a lo espiritual, lejos del hedonismo, para conducirnos a la verdad y al amor.

El pensar en la muerte puede servir de guía para orientar la forma de vida más congruente y con significado.

Por lo que hoy es posible tomar en consideración los pasos del camino socrático como es.

1. “El bien de la ignorancia”. Reconocer que no sabemos qué es la muerte, asumir este hecho genera humildad, serenidad y sabiduría.

2. “El bien de la vida”. Esta puesto en la cualidad e intensidad del vivir, se halla en cualquier instante, se esté o no frente a la muerte. El acto ético que el hombre puede plantear ante la muerte es no dejarse morir, no morir vivo, trascender la muerte interior, impedir la muerte moral que es donde radica el absoluto vitalismo que conlleva una ética humanista.

3. “La eternidad del presente”. Conversión en la manera de vivir el tiempo. implica, vivir plenamente en el presente, despertar a la vida y a lo vivo, vivir como si fuese la primera vez.